

La deleznable historia de la sirenita frigia

Dr. José Antonio García Pérez
Universidad Autónoma de Chihuahua
jogarcia@uach.mx

“Y entre las ruinas de palacios resonarán los ecos de los búhos. Y cantarán las sirenas en aquellos lugares que fueron consagrados a los deleites”
(Isaías 13:22)

Aldhelmo de Sherbone publicó hace muchos siglos: “Las sirenas son doncellas que engañan a los navegantes con su gran belleza y la dulzura de su canto; de la cabeza al ombligo tienen cuerpo de virgen y forma semejante al género humano, pero poseen una escamosa cola de pez, que siempre ocultan en el mar”

La historia de hoy ocurrió allá por el Mar Negro que, por su extensión, forma parte del continente euroasiático y los rodean varios países como Turquía, Georgia, Bulgaria, Rumania, Ucrania y Rusia. Y fueron precisamente unos turistas que viajaron a Zonguldak, en Turquía, quienes desobedeciendo las restricciones para bucear en esas aguas descubrieron algo realmente espeluznante: el avistamiento de una sirena. Ni los pobladores del lugar les creyeron pues en esas aguas, del también conocido como Mar Inhóspito, no puede haber ni flora ni fauna por la profundidad de sus acuíferos que por el color oscuro no es posible que haya claridad a partir de los cien metros de profundidad. Aun así, el grupo turístico conformado por cinco jóvenes, un varón y cuatro chicas, se volvieron a meter y lograron captar imágenes, muy borrosas, eso sí, de algo que parecía un enorme pez.

Zonguldak fue habitada por tiempos remotos por los hititas, frigios y persas y fue precisamente durante una visita a unas ruinas frigias cuando Loren, que es una entusiasta de la arqueología, se fijó que en unos frescos se aprecian extrañas figuras híbridas entre pez y mujeres. Algo parecido a un cortejo llevando animales, frutas y lo que parecieran miembros humanos mutilados se ofrecen a una especie de divinidad. Cuando su amiga Karen vio la imagen inmediatamente pensó en el cuento de Hans Christian Andersen, La Sirenita, pero aquel híbrido mostraba una mirada cruel y sádica.

Robert editó las imágenes capturadas y las envió al youtuber Enigma, quien se especializa en videos que suelen ser abyectos, repulsivos y, sobre todo, sobrenaturales. Mientras recibía la respuesta, Robert invitó a sus compañeras a un antro de la ciudad donde se olvidaron de esas imágenes terroríficas.

Cuando el grupo salió del lugar, fueron abordados violentamente por varios hombres de mala catadura que resultaron ser de origen frigio y formaban parte de un culto ancestral. En una lengua que no entendían fueron reprendidos por el cabecilla de aquella banda. Fue Robert quien más duramente fue golpeado al mismo tiempo que le mostraban en una computadora, el video que había subido y que mostraba el descubrimiento de lo que se podría decir que era una sirena.

A una orden del jefe, levantaron a los cinco chicos y después de atarles las manos, los condujeron a una especie de gruta que era iluminada por antorchas. En el centro había un gran lago completamente oscuro. Una especie de puente de madera llegaba casi al centro. Uno de los corpulentos sujetos sopló en un raro cuerno que sonó como un lamento ronco de ballena y del centro del lago se empezó a ver como surgían burbujas y algo nadaba rápidamente hasta el puente de madera. A lo lejos, las miradas incrédulas de los jóvenes observaron con ojos aterrorizados como una corpulenta masa mitad mujer, mitad pez se subía penosamente al puente y desde ahí se iba arrastrando acercándose cada vez al grupo humano

Casi al llegar al inicio del puente vieron que intentaba erguirse aquel híbrido de pez y mujer, que tenía un rostro cetrino y una larga melena húmeda y de color rojizo le llegaba hasta lo que serían sus corvas. Sus pechos eran flácidos y su vientre se veía musculosos. De pronto, todos escucharon una voz angelical que entonaba una dulce pero extraña melodía y los chicos sintieron confort y tranquilidad. Cada integrante del grupo frigio se puso algo en los oídos y luego, la voz se fue haciendo más aguda y más estridente para el grupo juvenil hasta reventarles los tímpanos haciéndoles sangrar y ya no pudieron escuchar los gritos de insaciable voracidad que salían de una boca que se agrandaba mostrando unos dientes puntiagudos como los de tiburón.

Cada uno de los hombretones, de manera mansa y humilde llevaban frutas, animales vivos como ofrenda para la sirena oscura, pero la mirada del ser no dejaba de ver fijamente a Robert, como si quisiera hipnotizarlo, y tal vez eso pasó pues a un ademán del híbrido, el muchacho se fue acercando al engendro. Cuando lo tuvo cerca, la sirena oscura abrió su boca que ahora era descomunal y se tragó casi la mitad del cuerpo del inmovilizado Robert. La sangre salía a borbotones y los gritos desesperados de las chicas resonaban en la gruta. Cada chica fue tomada y descuartizada. Aquellos jóvenes cuerpos se desangraban y poco a poco fueron a parar a las voraces fauces del engendro marino. Su hambre era insaciable y cuando se sintió satisfecha, hizo un ademán y los hombres se retiraron. Habían cumplido con su encargo.

La escalofriante historia del Doctor Donatelo Tadeo Mata

José Antonio García Pérez
jogarcia@uach.mx

La familia Villalópez es una de las estirpes fundadoras de Nonoava y desde ese lugar se trasladaron para llevar a su hijo Arturo a un hospital privado de Chihuahua capital, el Hospital y Clínica Cristo Redentor, pues se había caído de un caballo y había perdido el conocimiento. El jefe de familia y padre del muchacho, don Aburto, solicitó una avioneta para llevar a su hijo pues no quería que pasara mucho tiempo. El viaje duró aproximadamente media hora, al aterrizar en un hangar privado, ya los esperaba una ambulancia del hospital.

Los camilleros se movieron con rapidez y se introdujeron por una puerta con acceso al sanatorio y ya un equipo conformado por enfermeras y un médico muy famoso por su experiencia: el Dr. Donatelo Mata, quien de inmediato realizó la auscultación del joven Arturo.

La mirada que había dirigido el doctor a don Aburto era de desconfianza y desprecio.
—¿Quién este ranchero malamsado que aún trae estiércol en sus botas y huele a rancio?.

No obtuvo respuesta de las enfermeras y el doctor se quedó muy pensativo. Se decía que el galeno andaba apurado de dinero pues había adquirido una lujosa mansión en las zonas más exclusivas de Chihuahua y por todo quería aprovecharse de los pacientes. Les cobraba de más, les añadía servicios que no se había solicitado, así como el pago por sus intervenciones quirúrgicas eran de las más cotizadas. Por eso su semblante mostraba un gesto de preocupación al creer que el ranchero no tendría el suficiente dinero para pagar. Entonces se le ocurrió la malsana idea de decirle al padre del joven que éste no había resistido la caída y había tenido muerte cerebral y seguramente aceptarían donar los órganos. Mentalmente iba haciendo cuentas.

Con toda la frialdad del mundo, sin pensar en el dolor que causaría le dijo a don Aburto que su hijo había fallecido de muerte cerebral y que debido a que era un joven muy sano, le pidió si podría donar algunos órganos para pacientes que estaban esperando la oportunidad de un riñón, un hígado o un corazón.

Don Aburto, no lloró, pero sintió que por dentro se moría y con voz temblorosa le dijo a su esposa, Rosa María, que Arturo había fallecido por muerte cerebral. La mujer abrió sus ojos con mirada incrédula y luego se desplomó por la impresión. Inmediatamente sus hijas e hijos la ayudaron.

Poco después salió el doctor con unos papeles que debía firmar don Aburto para ceder los órganos de su hijo Arturo. Lleno de pesadumbre, firmó los documentos y cuando preguntó por la cuenta, se sorprendió al saber que el Doctor Mata le había hecho un generoso descuento.

—Claro, de seguro que con cada órgano que venda no le caerán mal unos miles de pesos, dijo Eduardo, primo hermano de Arturo.

Adela, la hermana mayor de Arturo le preguntó: “¿A poco son caros los órganos?”

—Yo sé que un hígado anda, bajita la mano en unos seiscientos mil pesos, los dos riñones, millón y medio, las corneas cuestan 900 mil pesos, y un corazón como dos millones y medio de pesos.

—¡Híjole! Pos con razón nos hizo descuento.

—A mí me da mala espina ese doctorcito. Lo voy a investigar y si algo le hizo a mi primo, me las pagará.

El regreso a Nonoava fue muy apesadumbrado, nadie podía creer que un joven en la plenitud de la vida ya no estuviera con ellos. La noticia en el pueblo se supo de inmediato, por redes sociales, por WhatsApp, ya se anunciaba dónde sería el funeral.

Pasaron dos meses y una noche, Eduardo alcanzó a ver una sombra escabulléndose hacia su corral. Tomó su carabina, cortó cartucho y salió a investigar. Ahí, confundiendo entre las ramas de un huizache, se veía una sombra y Eduardo apuntó y en so, sintió que su piel se erizaba: reconoció a su primo Arturo que parecía decirle algo, pero en cuanto el primo se acercó a la fantasmagórica silueta, ésta se desvaneció.

Esa misma noche Eduardo visitó a la vieja Gumersinda, a quien todos evitaban, pero también todos le había solicitado algún “favor”. Le platicó de la aparición y le preguntó que qué debía hacer. “Lo que debes hacer es vengar la muerte de tu primo, por eso se te apareció a ti. Encárgate pronto de eso porque si no...no te va a dejar en paz”. Eduardo pensaba y pensaba cómo le podría hacer para que su primor descansara en paz. Su rostro se le iluminó por una idea. Conocía a unos capos del lugar y les fue a proponerles un “negocio”.

En Chihuahua, el personal del Hospital y Clínica Cristo Redentor veía muy contento al doctor Donatelo T. Mata, y se rumoraba que ya no le preocupaba su situación económica. Se le oía escuchar por los pasillos cómo planeaba irse de vacaciones a Europa con toda su familia, gracias al esfuerzo de su “dedicada labor salvando vidas”.

Esa misma tarde, cuando el médico terminó su turno, lo vieron salir y luego se fijaron como abordaba una lujosa camioneta negra, conducida por un chofer que extrañamente usaba sombrero.

La camioneta se fue del lugar rápidamente y se dirigió a la salida de la ciudad. Dentro, amarrado, el doctor Donatello T. Mata no podía hablar ni gritar pues le habían cubierto la boca con una cinta.

Después de casi dos horas, pues la camioneta, literalmente devoraba la carretera, llegaron a las orillas del pueblo de Nonoava a un establo y dentro había todo un equipo para intervención quirúrgica. Un médico, cuatro enfermeros, todos con su uniforme color verde, así como el gorro y las cubrebocas y varias charolas con todos los utensilios para operar. En el centro una mesa de operaciones iluminada desde arriba y el centro por una potente lámpara.

Colocaron al doctor Donatelo en la mesa de operaciones, le quitaron la cinta que cubría su boca y se escucharon los gritos y los insultos del galeno.

—¿Qué no saben quién soy yo? Soy un doctor muy rico y les puedo pagar porque me dejen ir.

—No, doctorcito, de aquí no sale. También aquí hay un doctorcito de lo mejor, ahorita lo va a conocer, chanza y hasta lo reconozca y en cuanto a los enfermeros, ninguno estudió, pero sí saben usar las navajas para destripar animales y también gente y le van a ayudar a nuestro cirujano, pero antes...sáquenos de una duda...y puede que sólo le hagamos unas cortaditas... ¿Verdá que mi primo no iba tan grave como para morir?

—¡Perdón, perdón! ¡Necesitaba el dinero! El joven sólo tenía una leve contusión y un esquinche en la pierna.

—¡Ah, maldito! Ya lo sabía. Lo mandé investigar. Aquí mis compas conocen a un médico forense que les debía un favor y él fue quien revisó los reportes y no encontró nada de peligro.

—¡Piedad, piedad! ¡No me pueden operar, yo soy un cirujano de experiencia!

—Usted no es un doctor, es un asesino y mató a mi querido primo. Ahora es el turno de que sepa quién es nuestro cirujano.

El gorro y el cubrebocas cubrían muy bien una cabeza que mostraba señales inequívocas de putrefacción, además de un olor nauseabundo y cuando llegó ante el doctor Donatelo, se bajó el cubrebocas y con un grito espeluznante de terror, reconoció al difunto Arturo que blandía en su mano ya descarnada, un reluciente bisturí. Eduardo lo previno:

—Le aviso, que no habrá anestesia y que usted, querido doctor Donatelo, donará todos y cada uno de sus órganos a... nuestros marranitos, que a propósito los tenemos sin comer...

Donatelo sintió como entraba en su pecho el filo frío y cortante del bisturí. Sus gritos de dolor asustaban a los cerdos, quienes iniciaron todo un coro infernal de gruñidos, pero también relamiéndose el hocico como si supieran que pronto serían alimentados.